

Al declarar inaugurada hoy esta nueva Escuela, me complazco en felicitar a todos aquellos que con su entusiasmo y esfuerzo han logrado resolver con tanto acierto las múltiples dificultades que una obra de esta clase plantea."

CONTINUIDAD DE FONDO ENTRE LA OBRA ISIDORIANA Y NUESTRA EPOCA

DISCURSO SOBRE EL XIV CENTENARIO DE SAN ISIDORO, EN EL CLAUSTRO DE LA COLEGIATA.—"Respecto de San Isidoro, gran sabio y gran santo, caben en principio dos actitudes bien deslindadas: la del creyente, que se encomienda a él como mediador ante Dios, y la del investigador científico, que trata de ahondar en algún aspecto de su biografía o en alguna parcela de su obra. San Isidoro llamaría "dialéctica" a esta segunda actitud, ya que la dialéctica, según puntualiza el Libro II de las "Etimologías" es la disciplina ordenada a conocer las causas de las cosas, y tiene por propia tarea el "definir, investigar y diferenciar".

Me parece, sin embargo, que la representación de gobierno con que intervengo en esta conmemoración centenaria no corresponde a ninguna de ambas actitudes. La primera, que ha encontrado su sazón en las ceremonias religiosas de esta mañana, no es la más adecuada, en cambio, para estos momentos de conmemoración académica y política. Pero tampoco puedo decidirme por la segunda actitud dialéctica; ella reclama, para adoptarla con seriedad, una oportunidad distinta de la presente, y, desde luego, una especialización filológica e histórica de que carezco. Pero el mismo San Isidoro, acaso por la doble invocación del lugar y de la fecha viene en mi ayuda con su distinción entre dialéctica y retórica. Frente a aquélla, que es disciplina sutil y minoritaria, se sitúa ésta, que es disciplina que "llega al foro", y cuyo objeto es "el bien decir en los asuntos civiles para persuadir lo bueno y lo justo por abundancia de elocuencia". Salvadas la bondad y la abundancia, sólo accesibles a los grandes maestros, queda como sustancia que la retórica es una ciencia civil—esto es, propia de administradores y políticos—y que no tiene tanto una misión descubridora de verdades nuevas cuanto una más modesta de convencimiento y estímulo.

Y ya en el modo retórico, mejor que arriesgarnos a hacer una alabanza de la obra isidoriana en el pasado, semejante a aquellas famosas "Laudes Hispaniae" con que él encabezaba su "Historia de los godos"—vena laudatoria que nunca ha dejado de correr caudalosamente entre nosotros—, me inclinaria a intentar servirnos de la obra isidoriana como contraste y correctivo del presente. A la luz de lo que él hizo en la España de su época quizá acertemos a distinguir con mayor claridad algo de lo que nosotros deberíamos hacer en esta España de ahora.

Tal utilización de la obra isidoriana presupone—lo semejante sólo se cura con lo semejante—la persuasión de que existe entre ella y nosotros una cierta continuidad de fondo, no obstante el enorme espacio de catorce siglos que nos separa. En primer lugar, una continuidad debida a cierta

congruencia íntima entre la época de San Isidoro y la nuestra: el tiempo en que vivimos es también, como el suyo, inseguro y crítico. Y en segundo lugar, una continuidad determinada por pertenecer San Isidoro y nosotros a un mismo ámbito histórico: la comunidad espiritual y social que San Isidoro llamaba Hispania, y que España llamamos nosotros. Subrayo esta segunda dimensión de continuidad ya que, como muchos de ustedes conocen, una tesis historiográfica de actualidad se ha esforzado en establecer los orígenes de nuestra comunidad nacional vigente no más lejos de las conmociones políticas y sociales de la Reconquista. Tesis objeto hoy de empeñada y acaso exagerada polémica, y que como ha ocurrido otras veces con los cambios en el punto de vista de nuestras miradas sobre el pasado, cuando son razonados y sinceramente expuestos, tiene que resultar, al menos en parte, esclarecedora y fecunda. Pero que hoy mismo a través de la figura que invocamos se nos aparece ocasionalmente vulnerable. Porque al enfocar el problema de las relaciones entre el Reino Visigodo y la España medieval y moderna —y por inclusión, el problema concreto de las relaciones entre los que aquí nos hemos reunido esta tarde y la gran figura histórica que es objeto de nuestra reunión—, este problema resulta, por decirlo así, situado en un terreno familiar. San Isidoro no es para nosotros inoperante lejanía, como sería un antiguo faraón de Egipto con relación al Egipto contemporáneo, sino el promotor de un movimiento espiritual vastísimo, algunas de cuyas ondas llegan hasta nuestros pies. La tradición cultural isidoriana tiene un carácter básico en nuestra Edad Media, y se resuelve en múltiples facetas, que van desde la perduración del concepto mismo de España, como ideal unitario de convivencia que se sobrepone a la fragmentación de los reinos de la Reconquista, hasta las relaciones entre la Iglesia y el Estado, la liturgia e incluso la caligrafía. La fundación del Monasterio leonés dedicado al Santo, lejos de parecernos como se ha pretendido, nueva y casual anécdota, es sin duda expresión y símbolo de esta poderosa garra con que San Isidoro sella nuestra cultura nacional.

No voy a examinar, en concreto, ninguno de los triunfos isidorianos; sería frivolidad el intentar hacerlo aquí y ahora, sino tan sólo a espigar tres aspectos de los que entiendo que San Isidoro nos resulta ejemplar.

En primer lugar, San Isidoro es un jefe de escuela, un escolarca, y su obra se prolonga y confunde con la de sus continuadores. San Isidoro hace de su palacio episcopal de Sevilla un centro de irradiación al que acuden estudiosos de diversas procedencias sociales y geográficas, y del que salen profunda y equilibradamente cultivados. Se ha señalado el contraste que en este punto presenta San Isidoro y su contemporáneo San Gregorio Magno. Mientras la figura de éste se nos aparece en Roma señera y sin ecos, la de aquél se multiplica en las vivas imágenes que son—para citar sólo los más excelsos—San Braulio y San Ildefonso. La sabiduría de San Isidoro es comunicativa y pródiga, y en este aspecto debería contar entre nosotros con más imitadores y discípulos. Porque la ciencia, en el siglo XX exactamente igual que en el siglo VII, tiene una vida escolástica. La escuela científica es el pulmón con que la ciencia respira, la membrana que le aísla del espacio exterior para potenciarla, y hacerla así capaz de perduración y eficacia. La ciencia necesita calor de escuela, como la familia calor

de hogar, y si no lo tiene se desmoraliza y extingue, o queda, a lo sumo, reducida a una serie de robinsones, desalentados casi siempre en el intento de conquistar con sus solas fuerzas aquel nivel medio que la escuela podría haberles facilitado desde el principio.

Otra segunda faceta isidoriana que también mueve a reflexión es la falta de pretensiones de originalidad que denota la mayor parte de su obra. San Isidoro se reconoce heredero del pasado, y está muy ajeno de la obsesión contemporánea por afirmar la propia personalidad científica mediante el cultivo forzado de la novedad. San Isidoro, situado en una época de escasa densidad cultural, aspira a ser condensador de la cultura viviente, y construye con sus libros algo así como un Arca de Noé encargada de salvar hasta la orilla medieval una importante parte de la cultura greco-romana. San Isidoro fue, como observa don Ramón Menéndez y Pidal, el último lector de algunas obras de la antigüedad perdidas después de él y hoy sólo conocidas a través de sus puntuales extractos. Para nuestra época, sobresaturada de literatura científica de todo género, resulta un ejercicio ascético considerar que en aquel tiempo isidoriano las "reseñas bibliográficas" tenían importancia y solemnidad de testamentos.

Esta relación peculiar de San Isidoro con su tradición no puede ser, naturalmente, predicada como un ideal para nuestro tiempo, pero nos induce a poner en claro nuestras cuentas—las cuentas de cada científico y de cada profesor universitario—, sobre todo en el ámbito de la filosofía y de las ciencias humanas con el pasado, próximo o remoto, de nuestras respectivas disciplinas. ¿Hemos calado suficientemente en su tradición histórica? ¿Hemos echado el puente con esa tradición, o hemos optado por prescindir de ella para abultar, por el contrario, nuestra personal aportación? No creo que estas preguntas y otras que en el mismo tenor de ideas podrían formularse, huelguen en nuestra España de hoy, si se tiene en cuenta que a pesar de cuanto solemos repetir sobre nuestro espíritu tradicional, la mayor parte de las veces—y en parte como reacción contra esa presencia de una tradición verbal y difusa—nuestros intelectuales y quienes no lo son, propenden, unas veces conscientes y otras inconscientemente, a infravalorarla. Es éste, incluso, un "primer movimiento" de originalidad científica que si no se controla racionalmente, puede degenerar en una especie de antitradicionalismo tan amanerado y vulgar en el fondo como el desdeñado supertradicionalismo conformista.

En fin, en tercero y último lugar, San Isidoro nos ofrece un ejemplo de unidad y congruencia entre todas las ciencias, encabezadas por la ciencia teológica. Con relación a nuestro presente, hay que observar que esta unidad es algo que no se consigue por el simple hecho de proclamarla, ni por el simple hecho de integrar orgánicamente la investigación y la docencia de las diversas ciencias en unas mismas instituciones. Sino que constituye, en sí misma, un esfuerzo y una tensión, una aventura del espíritu que cada época debe asumir como propia y replantearse desde el más exigente nivel. Sólo seremos dignos de la memoria de San Isidoro en la medida en que acometamos tal empresa con sinceridad y denuedo.

Con esto he dicho lo que me parecía menos inoportuno desde mi modesta y retórica perspectiva. San Isidoro, recogiendo una curiosa compa-

ración estoica, dice en el Libro II de las "Etimologías" que la dialéctica es como un puño cerrado, y la retórica como una palma abierta; mientras en aquélla la palabra permanece estricta y contraída, en ésta, por el contrario, se expansiona y distiende. Los organizadores de este XIV Centenario del Santo han preferido, con buen acuerdo, la contracción a la expansión, como lo demuestran las interesantes ponencias que se anuncian y los prestigiosos nombres que las firman. Estoy obligado, pues, a pedirles perdón por estas mis vagas palabras, con las que comienza el Año Isidoriano y a deseársle el mayor éxito, la más apretada granazón, en sus precisiones dialécticas."



Coloquio sobre Terminología Lingüística

En la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid se ha celebrado, con asistencia de numerosos Catedráticos de Universidad e Institutos de Enseñanza Media, durante los días 9, 10 y 11 de mayo, un importante Coloquio sobre Terminología Lingüística, con el siguiente temario:

1. Terminología de la Fonética lingüística; 2. Idem de las categorías nominales; 3. Idem de las categorías verbales; 4. Idem de las categorías sintácticas; 5. Idem de la Semántica; 6. Idem de la Métrica y de la Estilística; 7. Idem de los estudios dialectológicos; 8. Los neologismos de base clásica; 9. Los neologismos de base moderna, y 10. Escalonamiento didáctico en la enseñanza de la Terminología gramatical.

El Coloquio, que estuvo dirigido por el Ilmo. Sr. D. Rafael Balbín, fue organizado por la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias, en colaboración con la Dirección General de Enseñanza Media y el Patronato "Menéndez Pelayo", del C. S. I. C. En la sesión inaugural pronunció breves palabras el Dr. Lora Tamayo. La sesión final fue presidida por el Ilmo. Sr. Subsecretario de Educación Nacional, Sr. Maldonado, acompañado del Ilmo. Sr. Director General de Enseñanza Media, Sr. Vilas López. En dicha sesión leyó la última ponencia el Catedrático D. Manuel Fernández Galiano, en torno a los neologismos, tema que dio origen a un animado coloquio, al igual de los días anteriores. El Dr. Balbín dio cuenta a continuación de las conclusiones aprobadas, entre las que figuran la constitución de una Sociedad de Lengua y Literatura y la publicación de una revista general de información y orientación. Por último, el Ilmo. Sr. Subsecretario felicitó a los organizadores y participantes en el Coloquio, cuyos trabajos estima habrán de ser de gran interés para la enseñanza.